



**Por el corredor delantero de Santa Anita.
Umbral del tiempo en la narrativa de Fernando Vallejo**

Julia Musitano¹
UNR - CONICET
luchinaj@hotmail.com

Resumen: En este trabajo, me interesa indagar en las relaciones temporales y espaciales que se establecen en *El río del tiempo* de Fernando Vallejo. El tiempo y el espacio se vinculan estrechamente con el recordar de un narrador en primera persona de la escritura autoficticia en la que están inscriptas las cinco novelas que constituyen el ciclo autobiográfico. En las escrituras del yo, dos fuerzas en tensión, la escritura de recuerdos y la retórica de la memoria; o dos metáforas arqueológicas, la de Roma —ruinas de la ciudad eterna— y la de Pompeya —imagen intacta de una ciudad petrificada— son las que ponen en funcionamiento los extraños mecanismos del olvido y el recuerdo. Me interesa analizar cómo el tiempo tiene, en la memoria sistematizadora del narrador, el espacio como unidad de medida; y cómo en la escritura de los recuerdos, esos mismos espacios, paradójicamente, se desdibujan y el tiempo se arremolina: la casa de la calle Perú en el barrio Boston, la finca de Santa Anita, la casa del barrio Laureles, el café Miami, el studebaker, las pensiones en Roma, París y Madrid, el Admiral jet en Nueva York, y el departamento de México.

Palabras clave: Espacio - Tiempo - Recuerdo - Fernando Vallejo

Abstract: In this paper, my aim is to inquire in the relationships established between space and time in *El río del tiempo* by Fernando Vallejo. Time and space are connected to the narrator's souvenir of the autofictional writing in which the five novels of the autobiographical cycle are registered. In self writing, two forces are in tension: "la escritura de los recuerdos" and "la retórica de la memoria"; or two archeological metaphors: Rome —the ruins of an eternal city—, and Pompei —clear image of a petrified city— they make the strange mechanisms of remembering and forgetting function. I would like to analyze how time has, in the systematic memory of the narrator, the space as a unit of measure; and how in self writing those same spaces, paradoxically, are faded and time goes mad: the house of Perú street in Boston neighborhood, Santa Anita's farm, the house of Laureles neighborhood, Miami's coffee shop, the

¹ **Julia Musitano** (Rosario, 1985), profesora en Letras de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas para realizar el Doctorado en Letras abarcando las áreas de Literatura Iberoamericana Contemporánea, Escrituras del yo y Teoría y Crítica Literarias. Proyecto de tesis doctoral: "Autoficción y melancolía en la narrativa de Fernando Vallejo." Correo electrónico: luchinaj@hotmail.com, musitanoj@gmail.com



Studebaker, Roma, París and Madrid's pensions, the Admiral jet in New York, and México's department.

Key words: Space - Time - Remembering - Fernando Vallejo

Yo la quería instante por instante, uno a uno, contándolos, sabiendo que se acaban, que se van, que se los lleva la brisa que barre el corredor de Santa Anita soplando traicionera (*El fuego secreto*, 151).

“En recuerdo de Heráclito que dijo que todo se movía, y de Parménides que dijo que todo estaba quieto” es la dedicatoria que abre *Manualito de imposturología física* (2005) de Fernando Vallejo. “No volveremos a bañarnos en las aguas del mismo río”, dijo Heráclito, y eso es, para Vallejo, sinónimo del paso del tiempo y con él, el fin de los días azules y la cercanía a la muerte. El tiempo todo lo desmorona: la felicidad inocente de la infancia, la finca de los recuerdos más amorosos, las aventuras de juventud con el hermano Darío, los seres queridos que se van muriendo de a poco, el idioma, la ciudad natal Medellín y la patria Colombia.

El río para Vallejo, es la estabilidad y simultáneamente el devenir, como la propia vida. El río de Heráclito, y también el de Parménides se constituyen en metáfora del narrador personaje que avanza desandando los pasos, que vive para recordar. Dice James Olney, volviendo a la dedicatoria de Vallejo, que deberíamos unir en uno solo el mundo del devenir de Heráclito y el mundo intemporal de Parménides para poder concluir que es posible imaginar la memoria en dos sentidos: el discurrir del pasado convirtiéndose en presente y la unión de ese pasado que se ve retrospectivamente con el presente como ser.

El tono con el que Vallejo habla de sí mismo en cada una de las cinco autoficciones que constituyen *El río del tiempo* no es el mismo porque todo cambia y desde *Los días azules* hasta *Entre fantasmas* el mundo continuó poblándose, él fue creciendo, envejeciendo, y la muerte pisándole los talones, de tal manera que su infancia y su Antioquia quedaron en el recuerdo.



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

Vallejo es un melancólico que ve todo en el estado decadente de la ruina. Un melancólico al que le pesa el sufrimiento del mundo, y al que simultáneamente lo retiene en el centro de la tierra. Un melancólico en Medellín que ve su tierra natal en una constante descomposición social como lo hizo Heráclito en Éfeso para quien el mundo era un solo proceso colosal. Heráclito, así como lo retrató Rubens y lo sumó a su lista de genios melancólicos Aristóteles en el Problema XXX 1, era un melancólico que luchaba internamente con aceptar los cambios que se producían en su sociedad.

“Pero el río del devenir es el Káister, el río de Heráclito, —dice Vallejo— el que pasa cerca de Efeso. No el Magdalena que pasa por Puerto Berrío hirviendo de caimanes que se lo llevan a uno. Si uno empieza a meter la pata en ése, en sus traidoras aguas para ir entrando, se lo chupa la eternidad” (2004:162).

El río del tiempo del que habla Vallejo, entonces, lejos de ser el de Heráclito, es el Magdalena que te sacude, te arremolina y no te suelta. Ese es el sentido de la temporalidad en la serie de autoficciones que relatan la vida del autor colombiano. Un ir y venir en aguas arremolinadas que por momentos lo colocan a uno en el más recóndito pasado de la intimidad del narrador, y por otros, embeben ese pasado de futuro, o contaminan lo pasado de presente.

§§§

Si bien el orden temporal de las autoficciones del ciclo autobiográfico en las que Vallejo cuenta su vida es adecuado y preciso al correr de los años, en cada una de ellas se sucede una serie temporo-espacial que se repite hasta el hartazgo y que posibilita el ir y venir del relato. En otras palabras, la hipótesis principal de este trabajo es que el corredor delantero de la finca de Santa Anita se convierte en un umbral temporal que enloquece el tiempo y hace desbarrancar la propia vida. Bruja o la abuela lo acompañan al narrador en ese tránsito para negar la muerte y refutar el tiempo.



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

En el acto autobiográfico, la percepción de los tiempos y la relación con el propio pasado es otra. Allí, en el acto de recordar el pasado en el presente, el autobiógrafo imagina la existencia de otra persona que seguramente no es el mismo que en el mundo pasado. Y ese otro que fue, simultáneamente, bajo ninguna circunstancia, ni por más que lo deseemos, existe en el presente. El recuerdo de la muerte en Vallejo funciona, por ejemplo, como un umbral, para que el yo desaparezca del relato, y se transforme en un otro al borde del desbarrancadero. Vallejo es siempre otro en el momento de recordar porque es condición *sine qua non* del recuerdo la “irrecuperabilidad” de esa presencia.

Así como el acto autobiográfico despliega temporalidades distintas, necesariamente hace lo mismo con los espacios. El espacio en *El río del tiempo* implica el recuerdo de los lugares donde el narrador fue feliz, donde descubre después de pasado el tiempo que eso era la felicidad. El tiempo es irrepresentable, pero podemos experimentarlo fijándonos en espacios que devienen duraderos (Bachelard, *La poética del espacio* 27-32). Los espacios se configuran en imágenes que van aparecer una y otra vez a lo largo del relato. Espacios que se miran a la distancia, distancia que hace de nosotros seres espaciales, diría José Luis Pardo. Y el espacio, para Vallejo, es el hogar de la infancia. Pero no cualquier hogar, sino la finca de Santa Anita. Sin embargo, ni siquiera es el recuerdo de la finca entera, sino que la localización es muy específica: el corredor delantero de Santa Anita; la frontera de la casa, el borde externo que separa el adentro del afuera, sostiene la infancia inmóvil, fuera del tiempo. El corredor, que se constituye como signo del tiempo, está dentro de él como aquello de sí mismo con lo que no puede tener contacto, como aquello que lo saca fuera de sí y lo deja en el umbral, en la frontera entre el adentro y el afuera de su propio fuero íntimo. Pareciera que el espacio como el tiempo en la experiencia del recuerdo están para siempre agujereados construyendo no límites sino umbrales.

La literatura de Vallejo consiste necesariamente en negar la muerte y refutar el tiempo. Para hacerlo, el narrador se coloca en el umbral, en la frontera entre una cosa y la otra. Un borde siempre implica el cruce, el paso, la

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

confluencia de contrarios: cuando sopla la brisa en el corredor delantero de Santa Anita y mueve la mecedora de la abuela Raquel, el tiempo se detiene, el recuerdo se escribe, y por un instante, la muerte se extingue del relato. Sólo por un instante, porque unos segundos más tarde, viene Bruja llena de presente, y le recuerda al narrador la vejez y la cercanía a la muerte.

Cuando la muerte (en cualquiera de sus formas) se hace presente en el relato, la brisa sopla por el corredor delantero de Santa Anita y la abuela está sentada en la mecedora. En ese proceso, Bruja y la abuela aparecen para presentificar el pasado, para acompañar al narrador a cruzar el umbral del tiempo, para no dejarlo morir. Volver al corredor delantero de Santa Anita implica el borde del desbarrancadero y la imposibilidad de la muerte:

Caía, caía al abismo insondable sin ningún asidero. Ni mi padre ni mi madre ni mi ciudad ni mi patria ni el amor ni el dinero ni una mata siquiera de higuerrillo aferrada a jirones de trapo y de papel. Tampoco tú, abuela, que me esperas en el fresco corredor de Santa Anita, en tu mecedora, y contigo la ansiedad de los trigales: déjame terminar de caer.” (*El fuego* 44)

El vínculo entre la escritura y la muerte está dado desde el momento en que la muerte es uno de los extremos de la vida y quien dispone de ella, puede disponer de sí mismo. Es evidente que el hecho de escribir, para el autor colombiano es una forma de aproximarse a la muerte. Y una forma de provocarla cuando aún no le ha llegado la hora—recordemos que Vallejo tiene entre 40 y 50 años cuando publica el ciclo. Ahora bien, la relación que Vallejo mantiene con la muerte es de libertad, en el sentido de que la posibilidad de escribir está ligada a la capacidad de ser dueño de sí hasta el momento de la muerte; pero al mismo tiempo, es de extrema condena, porque justamente “yo” no muere, hay una imposibilidad de morir. Nadie tiene el poder de morir: siempre muere otro, como el otro del recuerdo.

La carretera desemboca en Santa Anita

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

La carretera que viaja de Medellín a Sabaneta y llega a la finca de los abuelos se constituye en figura metafórica del itinerario de la vida. Por esa carretera, se suceden desde los recuerdos más dolorosos hasta lo más divertidos. Este camino le posibilita viajar en el tiempo, del presente al futuro y del futuro al pasado que no deja de convivir con el presente, pero no le permite elaborar el duelo de todo aquello que pierde en esa *carretera del tiempo* y que hoy ya no está.

Íbamos de curva en curva, de luz en luz, de casa en casa por un mundo de humildad apacible viendo pesebres. Vienen ahora a mi lado mis primos, mis hermanos, y es la última caminata de diciembre hacia Sabaneta. Poco a poco voy quedándome solo. Ya no vienen mis tíos. Ya no vienen mis primos. Ya no vienen mis hermanos. Y un desconocido terror me invade porque la noche se vuelve silencio, y he dejado en Santa Anita a la abuela esperándome. Ya no pasa camión por la carretera, no pasa carro. Ya no cantan las cigarras y ha callado el viento. En el momento privilegiado, irrepentible, único, comprendo de súbito que no camino hacia Sabaneta: avanzo solo hacia el fondo de la noche, y me adentro en el Infierno. Me detengo. Si doy un paso más sé que nunca podré regresar a Santa Anita. Adelante está la casa campesina de amplio corredor con barandal y la ilumina un foco. Doy el paso y voy hacia ella. Estoy parado ahora ante su ventana, y mis manos agarran los barrotes, y mis ojos van hacia el interior, hacia el pesebre. Mas no hay pesebre: veo un señor muy viejo, acompañado por una perra negra, que escribe en un escritorio negro.” (*Los días azules* 120)

El niño ve al viejo que lo está escribiendo. El corredor ahora es un umbral del tiempo en el que confluyen pasado y presente, infancia y vejez. Entre el viejo y el niño hay una distancia que, en definitiva, lo que representa es la proximidad de lo lejano y el contacto con el alejamiento, simultáneamente. Distancia íntima que logra que un ser ocupe al mismo tiempo dos lugares en el espacio, dice Pardo. La división del yo en dos mitades es la raíz del espacio mismo y representa el primer momento del desdoblamiento que Pardo llama *mismidad* (Pardo, *La intimidad* 160-164). Una vez más, Vallejo sabe burlar el tiempo, y los procedimientos narrativos de la escritura íntima. En la misma autoficción, unas páginas más adelante, el corredor provoca lo contrario: esta



vez es el viejo quien traspasa ese umbral y se encuentra con el niño que busca el pesebre desde la ventana. Y simultáneamente el niño ve al viejo que lo escribe:

“Ven, Bruja, niña, que el viaje de circunvalación ha concluido. Ven conmigo. Dejemos esta trampa de la existencia. Salgamos de la casa de amplio corredor, donde se enloquece el tiempo, a la noche tibia, a tomar la carretera.” (*Los días azules* 173)

Hay, en la narrativa de Vallejo, una compulsión por repetir: volver a contar, volver a vivir, una y otra vez los mismos episodios, los mismos diálogos, las mismas escenas. Una necesidad imperiosa de volver constantemente al corredor. Se vive, se cuenta, se recuerda, se olvida y se vuelve a recordar. El sujeto autobiográfico pretende una presencia de sí o de un estar inmediatamente presente a sí mismo, pretensión claramente ilusoria porque justamente lo que se nos presenta es su propia ausencia, la imagen de esa presencia. Escribiendo la propia vida siempre se deviene otro y ese devenir no se alcanza por imitación o por representación.

Vallejo, en *El río del tiempo*², se ve con ojos de otro cuando atraviesa el umbral temporal, y esa alteridad sólo es posible cuando el recuerdo se hace cargo del relato y lo coloca fuera del tiempo, fuera de toda posible representación. El afecto inarticulable que siente por la abuela Raquel y por Bruja y la sensación del paso del tiempo que desemboca en la muerte desbordan lo representado y hacen de esos pasajes los más conmovedores de las autoficciones.

La muerte se acerca, abre paso a la experiencia y el viaje por la carretera de Envigado desemboca en los recuerdos de la infancia. El ritmo y la musicalidad de la prosa están estrechamente vinculados con el viaje a Santa Anita. El camino que desemboca en el corredor delantero donde sopla la brisa y espera la abuela, aunque se haga a toda velocidad, llama a la calma del

² Hago esta aclaración porque en *La rambla paralela* o *El desbarrancadero*, por ejemplo, el umbral ya no es el corredor sino el espejo. La figura del espejo aparece sí en *Años de indulgencia*, pero no aún con la fuerza del impersonal con la que lo hace en las otras dos autoficciones.



III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

relato, a la felicidad de los días azules. De tumbo en tumbo, de recuerdo en recuerdo, emergen en la carretera baches que detienen el curso de la prosa y le permiten al narrador percibir el tiempo con mayor nitidez. Y de la misma manera, es el “¡Tin! ¡Tan!” del reloj del comedor de la finca que marca el quiebre del discurso y la entrada de la muerte. Las campanadas sonaron por última vez con la muerte del abuelo, y el péndulo se detuvo para detener el recuerdo. El reloj del comedor es una figura que se constituye también como umbral, como viaje a la eternidad. Vallejo se impone el olvido, pero las muertes del abuelo y de la abuela relatadas respectivamente en *Los caminos a Roma* y *Entre fantasmas* provienen siempre de allí. De súbito imágenes del pasado se hacen presentes en forma de recuerdos en la mente del narrador-personaje. La ausencia de los abuelos puja por no ser olvidada. Vallejo se lo propone más de una vez, pero el viento lo engaña, se traiciona a sí mismo “y so pretexto de cualquier brisa, montado en la brisa me voy, me devuelvo a la finca de Santa Anita, al corredor delantero de los geranios y las azaleas donde nos estamos meciendo ella y yo, felices, en las mecedoras [...]” (*Entre fantasmas* 77).

§§§

En las últimas páginas de *Entre fantasmas*, Bruja muere y, nos percatamos, entonces que ahora emergen, como nunca antes, las ruinas del presente de la escritura. Sergio Cueto dice que la ruina es el modo de quedarse de lo que ya no queda. Y que se requiere de una mirada melancólica para reparar en la resistencia de la cosa al derrumbarse. La pretensión del autobiógrafo es que a través del acto de escribir se pueda recuperar lo vivido para que forme parte del presente. La pretensión de Vallejo es recuperar lo perdido, pero el reencuentro siempre es con el resistir de la ausencia de la cosa. Cada vez que Vallejo vuelve al corredor y evoca a Bruja o a la abuela, ellas siguen muriéndose en un proceso eterno. El corredor, entonces, es signo del paso del tiempo, es el umbral en el que Vallejo se encuentra con la pérdida, en el que hace acto de la ausencia.

III Congreso Internacional Cuestiones Críticas

Rosario | Abril de 2013

Centro de Estudios de Literatura Argentina | Centro de Estudios de Literatura y Crítica Literaria
Maestría en Literatura Argentina / FHyA - UNR | Centro Cultural Parque de España / AECID

La permanencia de la pérdida—repetir el camino a Santa Anita, insistir en volver al corredor—implica, para Vallejo, el proceso eterno de la imposibilidad de morir, y de resucitar a sus muertos. Vallejo metió un pie en el Magdalena y la escritura de la muerte devino eterna.

Sólo se puede emprender el retorno a los tiempos felices en la escoba de una bruja, volando entre gallinazos y globos encendidos sobre la limpidez del paisaje y siguiendo el río, pero a contracorriente, negándolo. Sólo así. Y así, te he llevado, Brujita, a Medellín, volando por el cielo de “Los días azules”. (*Entre fantasmas* 255)

Bibliografía

Bachelard, Gastón (1957), *La poética del espacio*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

Blanchot, Maurice (1976), “Soñar, escribir” en *La risa de los dioses*, Madrid: Taurus.

----- (1992), *El espacio literario*, Barcelona: Paidós.

Cueto, Sergio (2011), “Juan B. Ritvo. Fragmentos de un relato” en Giordano, Alberto (ed.) (2011), *Una poética de la interrupción. Ensayos para Juan B. Ritvo*, Rosario: Ediciones Paradoxa.

Link, Daniel (2009), *Fantasmas. Imaginación y sociedad*, Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora.

Olney, James (1991), “Algunas versiones de la memoria/Algunas versiones del bios: la ontología de la autobiografía”, en *Anthropos* N° 29, Barcelona, Diciembre-

Rosa, Nicolás (2004), *El arte del olvido*, Rosario: Beatriz Viterbo.

Ricoeur, Paul (2000), *La memoria, la historia, el olvido*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Vallejo, Fernando, ([1985] 2005), *Los días azules*; Buenos Aires: Alfaguara.

----- ([1985] 2005) *El fuego secreto*, Buenos Aires: Alfaguara.



- ([1985] 2005) *Los caminos a Roma*; Buenos Aires: Alfaguara.
- ([1989] 2005) *Años de indulgencia*; Buenos Aires: Alfaguara.
- ([1993] 2005) *Entre fantasmas*; Buenos Aires: Alfaguara.